dían salvar á la nación que se hallaba en peligro, y que para lograr sus fines harían uso de la fuerza.

"Los republicanos, que en obsequio de la paz habían consentido en tolerar ciertas costumbres y preeminencias que desde el tiempo de la conquista se habían establecido, favoreciendo á determinadas clases de la sociedad, se indignaron con la villanía de los aristócratas, y resolvieron en una asamblea reunida en el campo, que en lo sucesivo no reconocería la república preeminencias de ninguna clase en ninguno de sus hijos, y que todos serían iguales ante la ley.

"Esto dió lugar á una guerra más terrible y sangrienta que las anteriores, pero la ilustración que crecía de día en día, por una parte, y la severidad que desplegaron los republicanos, por otra, debilitaron de tal modo al partido del retroceso, que vencido entonces no volvió á levantarse jamás.

"La República de Amoría se consolidó desde aquella época; hoy su pueblo es ilustrado, virtuoso y feliz, y la nación es respetada en toda la redondez del Planeta Marte."

VIII.

¡Válgame Dios! exclamé, y cuantas semejanzas encuentro entre las cosas de Marte y las de la Tierra. No parece sino que la naturaleza y los acontecimientos humanos están sujetos en todo el universo á unas mismas leyes.

Así será seguramente, me contestó el espíritu. ¿Pero usted fué habitante de la Tierra?

Sí, señor, y de un pueblo que ha sido víctima de acontecimientos fatales, muy semejantes á los de Amoría, con la diferencia que allí se está aún muy lejos de llegar á un resultado satisfactorio.

Yo nací en una época en que el hombre era un verdadero esclavo. Mil tiranías pesaban sobre él, las cuales parecían conspirar á destruir su energía y los más generosos instintos.

Aunque después las cosas han cambiado mucho, todavía las leyes, los usos, las costumbres, las modas, las preocupaciones, la fuerza, la riqueza, y la arbitrariedad de los gobernantes, pesan de tal manera sobre la criatura, desde el momento en que vé la luz, y la acompañan con tal tenacidad en toda su carrera, que no la abandonan sino bajo la tierra de la tumba.

Esfuerzos poderosos hacen los pueblos del Globo Terráqueo especialmente el de mi país, para arrojar de sí tan pesado yugo; mas á pesar de los mil sacrificios impendidos, y de rios de sangre derramada, dista mucho el hombre de la Tierra para llegar á la perfección social que tanto anhela.

Hombres de privilegiado talento han insistido mucho sobre los derechos y las esperanzas de la humanidad, iluminando las oscuras sendas, que ésta sigue, como fanales colocados por la mano de Dios en el camino incierto del porvenir. Empero, el interés y los abusos, más fuertes que estos hombres, les han obstruido muchas veces su camino, aunque sin poder extinguir la luz brillante que de sus cerebros irradiaba.

Pero me he dejado llevar de mi entusiasmo, dije interrumpiéndome, sin haber dicho á usted aún nada de lo que ha acontecido en mi planeta.

Procederé, pues, con método, como lo hizo usted, para imponerlo lo mejor que pueda, de algunos de los principales acontecimientos de la Tierra.

Ya no te queda tiempo para eso, dijo una voz detrás de mí, prorumpiendo su dueño en una festiva carcajada.

Volví la cabeza, y me encontré á mi amigo Rufiano que señalaba con su descarnado dedo un aparato colocado en el centro del pequeño librero del wagón.

Y, bien, le dije; ¿qué quiere decir eso?

Quiere decir, que solamente nos faltan cinco minutos para llegar al parador, donde se cambian trenes, y es probable que en tan corto tiempo no tendrás lugar para contar, ni á zancadas, la embrollada historia del más insoportable de los mundos.

¿Y, qué tiene que ver en todo esto, el extraño aparato que me señalas?

Porque ese, ahí donde tú lo ves, es la inteligencia que marca las millas que recorremos, y según indica, solamente faltan cuatro.

Eso no es un inconveniente, porque en el resto del viaje tendré tiempo para relatar cuanto se me venga á las mientes.

Vuelves á equivocarte lastimosamente, dijo Rufiano, porque este caballero no va á Duenditania, sino á Furias, cuyo camino se separa en la próxima estación.

¿Es cierto lo que dice este diablo? le pregunté á mi compañero.

Sí lo es, por desgracia, pues me voy lleno de curiosidad, me dijo; sin embargo, yo iré alguna vez á Duenditania, y he de buscar á usted, para que me instruya de lo que pasa en su planeta.

En esto, llegamos á la estación que no tenía otra cosa de particular sino ser muy semejante á la primera.

Descansamos, comimos y bebimos gozosos en el cenador de un pequeño jardín, y cuando llegó la hora de la partida, que no se hizo esperar, nos despedimos el espíritu de Marte y yo, prometiendo escribirnos, mientras nos volviamos á ver, y cambiamos nuestros nombres.

El espíritu se llamaba "Foscol," nombre que consigné á mi memoria, mientras él escribió en su cartera Pascual Pintó Pasos.

El caballero Foscol montó en un pequeño tren que iba á Furias y yo subí á la "Tercera linea de Duenditania."

Esta era muy semejante á las anteriores, sin faltarle su librero ni su "*Viametro.*"

En cuanto me instalé en mi asiento, pedí á un *servicial*, como de costumbre, "Las Travesuras de Yoya;" desgraciadamente no las tenía.

Me ocurrió que Rufiano podría contarme el desenlace de mi aventura, mas el tunante había desaparecido como la vez anterior.

Aburrido de mi soledad, me acurruqué en mi butaca, y con aire distraido fuí contemplando la campiña. El país que recorriamos era una sucesión de lomas, dominadas de vez en cuando por pequeños collados; á proporción que avanzábamos, los campos se hallaban en mejor estado de cultivo.

Poco á poco fué llegando la noche, clara y magnífica, como son las de Júpiter.

A pesar de llevar la cabeza cargada con los prodigiosos acontecimientos que habían pasado por mí, desde que *entré á mejor vida*, el cansancio me venció, y pronto me sumerguí en un profundo y tranquilo sueño.

Dos horas habrían trascurrido, cuando me desperté sobresaltado, al contacto de una mano que bruscamente se posó sobre mi hombro. ¿Quién es el majadero que así interrumpe mi sueño? fué lo primero que dije, bostezando y restregándome los ojos.

Yo, tu amigo y conductor Rufiano, dijo el diablillo, que te vengo á anunciar que vamos llegando á Duenditania, donde tendré el gusto de entregarte á quien vas consignado, y dejarte libre de mis impertinencias.

Bien te hubiera agradecido que tuvieras una poca de paciencia, no despertándome hasta que el tren hubiese parado.

¡Desagradecido! contestó Rufiano con ironía; te hubieras perdido entonces del grandioso espectáculo que se va á presentar pronto á tu vista.

Ya he visto tantas cosas, le repliqué, menos incómodo, que no creo que nada me cause admiración.

Pronto juzgarás, mira, ya se empieza á descubrir la ciudad; en cuanto el tren acabe de recorrer la curva que ahora empieza, Duenditania con todo su esplendor se presentará á tu vista por entero.

Con efecto, pocos momentos pasaron cuando apareció á mis ojos absortos la opulenta ciudad de los duendes; fantástica, increible, maravillosa; mucho más que las ciudades de las Mil y una Noches, ó las de los cuentos de las hadas.

Era una inmenso círculo luminoso, formado por multitud de edificios trasparentes, cuyas luces de mil colores, difundiéndose en la atmósfera, coronaban á la ciudad con una bóveda de suave é indescriptible claridad.

Las cúpulas, las torres y los minaretes, se destacaban en el horizonte dominando la luz de la Luna. Aquel inmenso grupo de palacios, de templos y de casas encantadoras, construidas con un arte admirable, parecía correr á nuestro encuentro.

Por fin, el ferrocarril penetró en la ciudad y comenzó á recorrer una curva interminable, que se iba cerrando cada vez más.

Los rieles estaban colocados en el eje de una anchísima calle, cuyo pavimento era de mármol azul y blanco formando rombos.

Esta gran calle, la principal de la ciudad, forma una larga espiral que termina en la plaza mayor, que es un gran círculo.

No puede comprender la imaginación más vigorosa todos los encantos que encierra la capital de los duendes, principalmente en aquellas horas consagradas al comercio y al placer.

Los edificios son construidos con trozos de cristal de diferentes colores, de cuyo material sacan los arquitectos gran partido para los adornos de las fachadas, y como por dentro las iluminan á *giorno*, desde la calle se ven trasparentes, con sus bien combinados colores y sus relieves brillantes sobre fondo opaco.

Si á esto se añaden los teatros, los paseos y otros sitios de re-

creo, la multitud de tiendas luciendo sus elegantes aparadores, cargados de preciosos objetos, y la muchedumbre recorriendo las calles, se tendrá una débil idea de lo que es Duenditania, capital del Estado de los Duendes en la República Infernal.

La admiración y el estupor se habían apoderado de mí; no podía menos de preguntarme si estaba soñando, ó si positivamente era una realidad todo lo que veía.

Cuando llegamos á la plaza, mi estupefacción llegó á su colmo. En el fondo se veía el palacio del gobierno construido sobre una gran plataforma que se elevaba algunos metros sobre el nivel del suelo, á la cual se ascendía por espaciosas escaleras colocadas en los cuatro puntos cardinales.

El primer piso estaba formado con una gran columnata de monolitos de cristal rojo, coronada por una cornisa verde, adornada con coronas de rosas, ejecutadas en cristal blanco. Detrás de esta columnata, se veía una arquería de color blanco apagado, con relieves brillantes, dejando un tramo suficiente para el tránsito, formando un corredor ó portal al rededor del edificio.

Los pisos superiores que eran dos, correspondían en todo á la grandiosidad del primero; cada piso sostenía una balaustrada de bronce con grandes jarrones, que no se interrumpía en ninguna parte, y en la azotea, en vez de jarrones había grandes estatuas.

Fué tanta la enagenación de mis sentidos al contemplar aquella maravilla, que á pesar de haber parado el tren y de haber bajado de los wagones todos los viajeros, yo permanecía en mi asiento como clavado en él.

Sin duda no hubiera vuelto en mí, si el bueno de Rufiano, con sus genialidades de siempre, no me hubiese halado de una oreja.

Amigo, me dijo riendo, parece que no te desagrada la ciudad de los duendes.

¡Esto es estupendo! le contesté, paréceme que soy víctima de una alucinación.

Ya te irás familiarizando; y verás otras maravillas del pueblo más industrioso del Infierno; ahora lo que interesa, es que nos presentemos al gobernador, para que disponga de tí. Yo por mi parte, ya deseo con el alma terminar mi misión contigo.

IX.

Vamos, le contesté suspirando, y bajamos del wagón.

Echó á andar Rufiano y yo lo seguí. Atravesamos la gran plaza, llegamos al pié de la escalinata, subimos veinte escalones, y por último, nos introdujimos por el elegante pórtico del palacio.

Nos hallamos en un extenso patio rodeado de amplias galerías, donde paseaban conversando multitud de duendes.

La arquitectura del patio correspondía con la de la fachada. En el centro había una hermosa fuente de alabastro con una estatua de plata, que representaba la justicia, símbolo que respetan mucho los habitantes de Duenditania.

Cuatro pequeños jardines con balaustradas de bronce, rodeaban la fuente formando cuatro calles, que dividían el patio en partes iguales.

Un sinnúmero de luces iluminaba los corredores y las oficinas.

Rufiano me hizo subir por una soberbia escalera de jaspes, de extraños y bellos colores, que en cuatro ramales conducía á los pisos superiores, separando el primer patio de otro interior, que correspondía al centro del edificio, siendo de mayores dimensiones que el primero y que otros tres, uno por cada viento, que coincidían con las fachadas respectivas.

En el centro del gran patio había otra fuente con un grupo magnífico que representaba la caida de los ángeles. El pavimento era de mármol rojo y blanco, alternando en rombos y sustentaba elegantes jarrones de porcelana, que estaban sembrados con naranjos enanos cargados de azahar.

Cuando llegamos al primer piso, anduvimos tres corredores para llegar á un salón que se hallaba situado del lado de la fachada por donde entramos. En aquel salón asistía el gobernador.

Un ugier colocado en la puerta nos hizo pasar, y nos encontramos en un aposento de grande extensión, bien alfombrado, con cómodos divanes al rededor, y muchas filas de sillas en el centro, á manera de teatro.